

“PASEANDO CON SANTIAGO GRISOLÍA...”

¿Qué tiene la ciencia que, al parecer, todo lo pudiera si le diera “*cancha libre*” para investigar? ¿Qué tiene la ciencia que, de hecho, cuando decimos que algo es “*científico*” como por arte de magia, ese algo, adquiere “*patente de corso*” como salvoconducto de paso entre la enrevesada maraña de “*otros*” conocimientos que pretenden lo que no son? ¿Qué tiene la ciencia que, por mérito propio, ocupa un puesto privilegiado en el “*olimpo*” de la credibilidad universal? ¿Qué tiene la ciencia cuando, con sangre, sudor y lágrimas, hombres y mujeres como nuestro querido Santiago Grisolía han “*vivido para la ciencia*”?

A éstas y a otras muchas preguntas, sin pretender ni mucho menos dar respuestas, pues mi modestia intelectual, cuando no ní tímida vergüenza, me lo impiden, trataré de aportar un infinitesimal grano de arena de reflexión con el deslumbrante “*telón de fondo*” de la impresionante figura del científico valenciano, y filósofo de la ciencia me atrevería a afirmar, a juzgar por su vida y por su obra intelectual, don Santiago Grisolía, marqués de Grisolía por mérito “*real*”, quien con su alargada e ilustrada sombra no sólo ha iluminado el campo de investigación de la bioquímica y la biología molecular con importantes hallazgos en materias como la enzimología del metabolismo del nitrógeno, el metabolismo de fosfogliceratos, el recambio y degradación de proteínas y el control de la síntesis de la tubulina en el cerebro, sino que también ha tenido la “*santa osadía*” y bendito sea por ello, de bajar a la “*arena política*”, donde se movía como “*pez en el agua*” para presentar batalla blandiendo la espada de la razón, y cubriendo su pecho con el escudo de su patria España y, especialmente, su “*terreta*”, Valencia.

Aprovecharé esta agradecida ocasión que me ofrece el Consell Valencià de Cultura, institución que presidía desde 1996 el ilustre prohombre de la ciencia, no ya tanto para rendirle honores por su consabida vida consagrada a la ciencia, consagrándola, valga la redundancia por su especial significación, en el altar de la historia de la ciencia, que sí, por supuesto, ¡cómo no podría hacerlo!; sino para ensalzar su grandiosa humanidad..., esa misma que le hizo entregar su vida con devoción y abnegación a aquello que le apasionaba a pesar de los pesares a los que se enfrentó, pero que nunca, ni por asomo, le amilanaron en su noble propósito de engrandecer la ciencia, como así lo hizo.

Para ello ejecutaré la imaginación, especialmente fértil en contextos de reclusión y ascetismo (tecnológico), y que hace “*chicas*” estas cuatro intimidantes paredes, para figurar aquella ocasión en que Santiago vino a

visitar el centro penitenciario “*Antoni Asunción Hernández*” de Picassent, y tuve el distinguido honor de que reparase en mi persona y, saltándose el protocolo, me invitase a dar un paseo por el patio de mi módulo, regalándome una amena charla sobre la vida y la ciencia, tal y como él la sentía; palabras que, por cierto, significaron un antes y un después en mi ajetreada vida dedicada a otras artes y ciencias tan distintas a las suyas pero con un sólo denominador común, “no pasar desapercibido” por allí donde recalca su presencia.

Hay días en que ocurren cosas que ciencia alguna, que se llame propiamente “*ciencia*”, es capaz de explicar con sentido lógico-matemático. Y hoy era un día de esos...

- Buenos días, José.

- Buenos días tenga usted Don Santiago.

- Llámame Santiago, por favor, llámame Santiago. Me han dicho que tienes algo escrito para mí ¿es así?

- Si me lo permite Don Santiago.

- Santiago, por favor.

- Disculpe, pero mi admiración hacia usted me impide nombrarle sin un “*Don*” que le precede como una catedral.

- Agradezco su cortesía José, pero hoy solo se lo puede ahorrar y la catedral seguirá en pie. ¡Ya verá! ¡Ande, dígame! ¿Qué tiene?

- (Sonriendo), pues quizás poca cosa para usted, pero para mí es muy importante.

- (Sonriendo también), permítame que sea yo quien lo valore ¡dígame!

- Al saber que venía aquí, he querido prepararle unas palabras en prueba de mi admiración. Siempre lo he admirado por muchas razones. Soy un gran aficionado a la ciencia. Desde muy pequeño me hacía siempre preguntas y usted para mí es todo un referente en mi vida.

- Eso me han dicho, que tenía algo escrito. ¿Y qué le parece si me invita a pasear por su patio mientras me las lee? ¿le parece bien?

- Me parece estupendo Don Santiago.

- Santiago, José, Santiago. ¡Vamos, le sigo!

En esa breve conversación mantenida hasta aquí ya había conquistado mi corazón. Me había desarmado con su tremenda y fascinante humanidad. Había logrado que mis nervios desaparecieran por completo y mi estado de ánimo fuera de inmensa alegría y sosiego.

Estaba a punto de vivir, de hecho, estaba viviendo ya, uno de los sueños de mi vida.

- Santiago. Este es mi patio. Esta vacío, mis compañeros están "chapados"

-(Sorprendido por el vocablo) ¿"Chapados"?

- Perdón Santiago. Están en sus "chabolos" quería decir.

-(Sin parar de reír) ¿"Chabolos"?

-(Contagiado por su sonrisa) ¡Uff! Qué difícil se me hace cambiar de jerga, habitaciones quería decir.

- Vaya, vaya. Chapados en sus chavalos. ¡Qué gráfico!

- Sí, así es. ¿le gustaría "dar vueltas" por el patio?

- Me encantaría "dar vueltas" por el patio. Hoy estoy aprendiendo mucho...

- ¿Aprender? Esto no es aprender, porque aquí no hay nada que enseñar...

- Todo en la vida es aprendizaje. Cuando se gana y cuando se pierde. Y todos tienen algo que enseñar, incluso sin ellos mismos saberlo, pues es el que aprende es el que siente enseñado. Quien tiene actitud de "*aprendiz*" lo domina todo. Y no cesa de hacerse preguntas sobre las cosas y las gentes. Como usted de pequeño. Así piensa un "*científico*" mi querido José.

Estaba embriagado por sus palabras y por la parsimonia con que salían de su boca como chorros de sabiduría, que captaban mi atención para no perderme ni una...

- Tenerle aquí y no hacerle algunas preguntas no me lo perdonaría jamás. Es usted una eminencia y una inspiración.

- Pues hoy va a poder hacérmelas, pero primero dígame esas palabras que tienen mientras paseamos.

Ahí si que llegaron los nervios de repente. Dios mío, qué vergüenza si al final no le gusta lo que le he preparado, me preguntaba. Saque la chuleta donde las tenía escritas por si me fallaba la memoria y me dije: ¡Tirali, José, en davant!

“Quizás hoy sea un día cualquiera para muchos, pero para mí, cualquiera es un día, menos éste.

Hoy es el día en que muchos trastos viejos se sacan de la cabeza, y otros muchos se ordenan para darles nuevos aires de frescura.

Tenerle aquí a usted, Don Santiago (Santiago, perdón) es una inspiración, un alto en el camino en mi atribulada vida.

Hoy es el día en que algo extraordinario va a pasar en mi interior. Y que llevaré siempre conmigo como quien lleva un tesoro encima que brilla cada vez diferente pero siempre con intenso resplandor cuando lo miras, como algo de si lanzase un arpón que me punzase el alma y la pusiese al desnudo.

Hoy es el día en que mañana cuenta”

- Vaya, muy bonito. Muchas gracias José. Son palabras que han logrado también punzarme. Muchas gracias de verdad.

- De nada, Santiago. Ha sido un honor.

Y después de un pequeño gran silencio en el que un apresurado ángel paso...

- Venga, tenemos aún unos minutos para dos o tres preguntas.

- ¡Uff, ya no me acordaba! Si, siempre he querido preguntarle sobre el aspecto ético de la ciencia. ¿Opina que a la ciencia se le debería librar de los límites éticos, con riguroso control público claro está, pero libre para así poder llegar a descubrir confines hoy desconocidos en el conocimiento científico del ser humano, como lo hoy incurable?

-Menuda pregunta José. Hace más de treinta años, cuando por primera vez se pudo transferir ADN a una bacteria, los científicos se preocuparon de este tema. Pidieron unas condiciones muy rígidas de control. Después se vió

que no era necesario. Cito eso porque es un ejemplo de que, por primera vez, los científicos se preocuparon de un tema que podría afectar a la sociedad.

Hay científicos que son buenas personas, lo mismo que personas que, sin ser científicos, también lo son. No es que los científicos sean mejor que nadie. Lo que ocurre es los científicos deben de ser cautelosos.

Mi amigo Craig Venter, el científico que hizo el primer genoma humano, se ha dedicado en los últimos años a recorrer el mar y sacar nuevas bacterias y proteínas. Ha logrado construir una bacteria que no ha existido nunca. Esto

significa el primer paso para construir vida en el laboratorio. Nos encontramos ante un problema científico, pero, al mismo tiempo un problema filosófico.

Otro ejemplo: los seres vivos estamos contruidos a partir de veinte aminoácidos, pero hay científicos que están introduciendo nuevos aminoácidos que no está en el código genético. Esto puede tener sus ventajas, pero es posible que también acarree inconvenientes. Es preciso discutir sobre todas esas cuestiones.

La pregunta es muy compleja y quizás deberíamos acompañarla de otras como que si nuestra sociedad, con su cultura ciertamente consumista y materialista, está preparada para según qué avances y progresos tecnológicos. O hasta qué punto esa cultura alienante y degradante, afecta especialmente, en algún grado, a la cultura propia de los científicos.

Es una pregunta con muchas aristas José y no hay respuesta única. Puede incluso que ni las haya. Lo que no debe faltar nunca es una permanente dialéctica de conceso en un mundo global cada vez más interrelacionado e independiente

-(Sonriendo) ¿Tienes alguna pregunta más fácil José?

- Si, usted se fue a Estados Unidos a trabajar en una época donde no se estilaba hacerlo fuera del propio país donde tenía sus raíces, ¿Fué duro?

-(Con una mueca compungida en el rostro), Fué muy duro, pero algo me decía que debía hacerlo. Mira José.

Durante la Guerra Civil fui ayudante en un hospital. Yo quería ser marino porque me gustaba el uniforme blanco. Pero mi madre no estaba de acuerdo y me dijo que por qué no me hacía médico, que también llevaban uniforme blanco. Entonces dije, bueno, pues me hago médico. Y así fue.

Pero una vez dentro me apasionaba lo que hacían y cada vez más y más hasta que me surgió la oportunidad de irme a EE.UU. a trabajar con Severo Ochoa y no lo dude ni por un instante. Cuajamos una amistad para siempre. Volví a España a presentar mi tesis, pero me fui enseguida otra vez a EE.UU., sencillamente porque no había un desarrollo científico bueno en España. Nuestra cultura científica estaba muy desamparada. Mi mentor José García Blanco, catedrático en Filosofía, me dijo que no había sitio para mí en España, que volviese y me volví a EE.UU. con Ochoa. Estancia que se prolongó... ¡pues una vida entera José!

- Ha hablado de una cultura científica desamparada en España, ¿a qué se refiere?

- Pues sencillamente a que siempre hemos estado en un nivel muy bajo en inversión en Ciencia y aún queda mucho por hacer, hay iniciativas por las que se está reivindicando llegar al dos por ciento del PIB, esperemos que sea así, creo que estamos ahí y se hará y, si no, protestaremos. Porque si ciertos bancos tienen que desaparecer que lo hagan, pero lo que es importante es que Sanidad y Educación, se mantengan

La sangrante realidad en la que malviven la ciencia y la investigación en España. De todo esto hablo un poco en mi libro "*Vivir para la Ciencia*", de la experiencia investigadora y preocupación por situar la ciencia y la tecnología española a niveles internacionales. Y criticando si es necesario la falta de apoyo institucional y político al desarrollo e investigación en España.

- Me gustaría preguntarte sobre el tema que especialmente me preocupa, ya que he sido deportista de élite y entonces, saber lo que comía, era algo fundamentalmente en mi dieta. Y ahora de otra forma, también. Por eso, me gustaría saber, ¿Qué opina usted de los alimentos transgénicos?

- José, hay que reconocer que los alimentos transgénicos tienen mala fama, pero siempre los hemos comido. Hoy comemos patata y maíz que no se parecen nada a los originales. Se han conseguido variaciones genéticas, lo que ocurre es que esto se ha hecho a través de mucho tiempo, pero ahora esas variaciones se consiguen mucho más rápidamente y tienen un eco social inmediato.

Es posible que el 70% del maíz que hoy se consume en EE.UU. sea transgénico, y China se experimenta ya con distintas clases de arroz que no son más que variaciones transgénicas.

José, en el mundo hay hambre, y había más, por eso son importante los alimentos transgénicos.

- Santiago, su vida ha sido incansable. No ha parado, pero siempre la ciencia como constante ¿no piensa en jubilarse de la vida activa?

-(Sonriendo), Como decía Ramón y Cajal, jubilarse no es una palabra corriente. Afortunadamente, si no te das cuenta de que el tiempo pasa no piensas en los años como tal.

Creo que estas igual que hace 20 o 30 años. No sé. Estoy bien. Me encanta seguir promoviendo la ciencia desde Valencia, allí donde se me presenta la ocasión. Porque la ciencia es muy agradecida y recompensará todos esos esfuerzos.

José, me temo que ya no puedo estar más tiempo. Me he saltado el protocolo. ¿Te gustaría hacerme una última pregunta?

(Sin dudarlo ni por un instante, como si fuera la pregunta del millón)

- Si, ¿Quiénes somos y que es la vida?

- (Sonriendo), Vaya, vaya, valdría usted como entrevistador. Voy a ser muy breve y lamento si por ello resulto ambiguo. Somos pura materia bioquímica en movimiento incesante siempre reaccionando, pero, a la vista del abismo existencial en relación a nuestro inmediato inferior en la cadena evolutiva de las especies animales, somos algo más que pudiera sugerir un plan preconcebido y una misión encomendada. Donde la ciencia sea "*muleta*" imprescindible que nos apoye y abra caminos. Por eso hay que ayudar a difundir la importancia de la ciencia y fomentar un consenso internacional de naciones unidas en torno a ella.

Y así transcurrió nuestra breve pero intensa conversación donde pude disfrutar de su infinita generosidad y humanidad en un universo creado en mi imaginación. Donde lo imposible es posible, incluso algo tan fantástico como figurar a Don Santiago Grisolia, paseando junto a mí, en este mundo de reclusión, charlando libremente sobre la vida y ,especialmente, sobre su gran pasión, la "*ciencia*", y otra pasión la que nunca dejó, "*Valencia*". "*Genio y figura hasta la sepultura*". Tiene usted mi eterno favor y agradecimiento.

Autor: José Manuel Gómez Méndez
Curso: 1º Bachillerato
Centro de estudios: CEEDCV